

## Las Termópilas de Francia.

Cuando Jacobo Merey concluyó de asearse y se puso la ropa sacudida y cepillada por el asistente del general, se dirigió al comedor, en donde le aguardaba Dumuriez.

Estaba solo, y apenas le vió, le dijo:

—Ciudadano, no me admira que Danton sospeche de mí y multiplique sus agentes en derredor mio, pero con una palabra le tranquilizaré y á vos tambien.

Jacobo Merey se inclinó.

—La situacion es mala, continuó Dumuriez; pero es como podia desearla un hombre de mi temple. La batalla que pienso dar salvará ó perderá á la Francia. Soy ambicioso y quiero agregar á mi nombre una victoria. Quiero que digan: los prusianos estaban cinco jornadas de Paris, y un hombre casi desconocido, Dumuriez, salvó la nacion; notad que digo la nacion.

Villars, en Denain; el mariscal de Sajonia, en Fontenoy, y otros, salvaron el reino; Dumuriez salvará en Argonne la nacion. La selva de Argonne es las Termópilas de Francia: yo la defenderé y seré más afortunado que Leónidas. ¡Almorcemos!

Y sentándose, tocó un timbre y señaló asiento á Jacobo.

—Llama á Thevenot, dijo al ordenanza, y á mis dos ayudantes.

Minutos despues se presentó un jóven que vestia uniforme de jefe de brigada.

Podia tener de treinta á treinta y dos años: sus ojos eran vivos inteligentes, y era de alta estatura.

Saludó á Dumuriez, quien le tendió familiarmente la mano.

—El jefe de brigada Thevenot, dijo el general, mi primer ayudante y algunas veces mi consejero.

Despues, señalando al doctor:

—El ciudadano Jacobo Merey, doctor en medicina, y por ahora representante del pueblo y agregado á mi persona, añadió sonriendo de un modo particular.

Dos jóvenes vestidos con el uniforme de oficiales de húsares, y que podrian tener quince ó diez y seis años, entraron en aquel momento.

—Los señores de Fernig, que empiezan á mi lado la carrera militar, y á los que amo como á mis hijos.

Y efectivamente, los ojos de Dumuriez, expresivos y algo severos al fijarse en ambos jóvenes, se tornaron dulces y afectuosos.

Se acercaron á él, pusieron sus cuatro manos entre las del general, quien les sonrió paternalmente.

Ambos le besaron en la frente.

Jacobo Merey, que medio se habia levantado para saludar á Thevenot, se levantó por completo al entrar los dos hermanos, mejor dicho, las dos hermanas, de las que reconoció el sexo sin vacilar.

—Segun todas las probabilidades, vamos á batirnos rudamente, y si algo les sucediera á uno de estos niños, os los recomiendo, doctor, dijo Dumuriez.

Y casi, á pesar suyo, lanzó un suspiro.

—El ciudadano Merey, que ha sido enviado á Verdun, por nuestro amigo Danton, continuó el general, acentuando con su palabra y con su sonrisa la palabra amigo; ha llegado hoy anunciándonos que la ciudad se ha entregado, lo mismo que Longwy.

—¿No era Beaurepaire el que mandaba? preguntó Thevenot.

—Obligado Beaurepaire por la municipalidad á capitular, ha preferido suicidarse á entregarse, dijo Jacobo Merey.

Hay más aun, replicó Dumuriez; cree el doctor que en Paris, de donde ha salido hace dos ó tres dias, van á tener lugar terribles acontecimientos.

—¿De qué género? preguntó Thevenot.

Los dos jóvenes húsares guardaban silencio, pero sus ojos hablaban.

—He creído traslucir en algunas palabras que me dijo Danton, que es importante comprometer hasta lo último á los habitantes de Paris, con el objeto de que, no aguardando perdon de los prusianos, perezcan entre las ruinas de la capital.

—¿Y qué piensa hacer Danton?

—Se habla de asesinar en las cárceles, y segun dicen, no se puede enviar á las fronteras á los voluntarios dejando á su espalda un enemigo más peligroso que el que van á combatir.

—Efectivamente, tal vez es un medio, contestó Dumuriez, sin admirarse ni alterarse.

Los dos jóvenes cambiaron una mirada con Thevenot, y este se encogió de hombros.

La mirada decia *piedad*, el movimiento de Thevenot *necesidad*.

En aquel momento se oyó la carrera de un caballo que entraba á galope en el patio.

Los dos jóvenes se levantaron, pero Dumuriez los detuvo con una mirada.

—Ved qué es eso, le dijo á Thevenot.

El ayudante fué á la ventana, la abrió, y se encontró tocando casi al correo.

—¿De quién? preguntó.

—El general lo verá; contestó entregando un pliego al jefe de brigada.

—Un despacho particular para vos solo; y entregó el pliego al general, diciendo á los ordenanzas que ayudaban á bajar del caballo al correo cansado y extenuado por el viaje.

—Cuidad que á ese hombre no le falte nada.

—Reservado y solo para mí, querido Thevenot; ya sabeis que no tengo secretos para vos ni para nadie, añadió Dumuriez volviéndose hácia el doctor y rompiendo el sobre.

—¡Ah! es del príncipe; dispensad, jamás me acostumbraré á llamarle *Igualdad*; qué quereis, mi buen Thevenot, ya se sabe que soy aristócrata.

Despues añadió dirigiéndose al doctor y leyendo:

—Teneis razon, doctor; anteayer ha empezado por los carruajes de presos que conducian á la Abadía. La mitad han sido muertos dentro de los carruajes, y los demás en el patio de la iglesia á donde les habian hecho entrar; los asesinatos han continuado en la cárcel de la Abadía y probablemente en las otras cárceles. Robespierre y Marat han dado el golpe. Danton no se ha presentado; estaba pasando revista á los voluntarios en el Campo de Marte.

—A fé mia, está muy lejos, y además ese asunto concierne en particular al *vecindario*, y nada tenemos que ver en él los militares. Leed, doctor, leed.

Y lanzó la carta del duque de Orleans al otro extremo de la mesa con tan soberano desprecio, que indicaba lo feliz que se creia siendo general en jefe en el teatro de la guerra más bien que ministro.

Jacobo Merrey la tomó con gravedad, demostrando le era indiferente el desden de Dumuriez, y la leyó desde un extremo á otro.

—¡Ah! exclamó; la Asamblea ha reclamado al padre Sicar y le ha salvado.

—¿La bondadosa Asamblea, exclamó Dumuriez, se ha atrevido á tanto? Pues el Ayuntamiento la dará de correazos.

—Manuel ha salvado á Beaumarchais, continuó Jacobo.

—¡Pardiez! Más valia que escogiera mejor, repuso Dumuriez.

—El duque añade que os enviará un correo diario, y os pregunta si deseais tener por ayudantes á sus dos hijos mayores.

Jacobo Merrey puso la carta sobre la mesa porque habia concluido.

—¡Diablo! esa es una pregunta cuya respuesta merece pensarse, replicó Dumuriez; monseñor dispone á su antojo. ¡Dos príncipes en mi ejército! Veremos.

Cada cual permanecia pensativo durante el resto del almuerzo. Solo los dos hermanos cambiaron en voz baja algunas palabras. El general en jefe se levantó y les dijo á Thevenot y á Jacobo:

—Ciudadanos, hacedme el obsequio de acompañarme á mi despacho.

Ambos se levantaron y siguieron á Dumuriez.

—Vamos á ver, ¿qué ha decidido el consejo? pregunto Thevenot.

—Nada de bueno. Dillon ha propuesto que se invadiera la Flándes, y eso hace quince días hubiera sido oportuno, porque el enemigo entraria en Paris antes que llegáramos á Bruselas. Los demás opinan por la retirada hacia el Marne. Seria vergonzoso permitir que diera el enemigo un paso más en Francia; demasiado adelantado está. He contestado que reflexionaria, continuó Dumuriez, pero mi plan estaba ya formado. Hace un momento le dije á nuestro querido huésped que la selva de Argonne se convertiria en las Termópilas francesas. Cumpliré mi palabra. Aquí está en grande escala el plano del bosque de Argonne, que se extiende desde Semuy hasta Triancourt. Però tendremos necesidad de un hombre práctico, de un guarda del bosque; estamos á seis ó siete leguas; ordenad que monte un húsar á caballo, que lleve otro del diestro y conduzca aquí al primer guarda que encuentre.

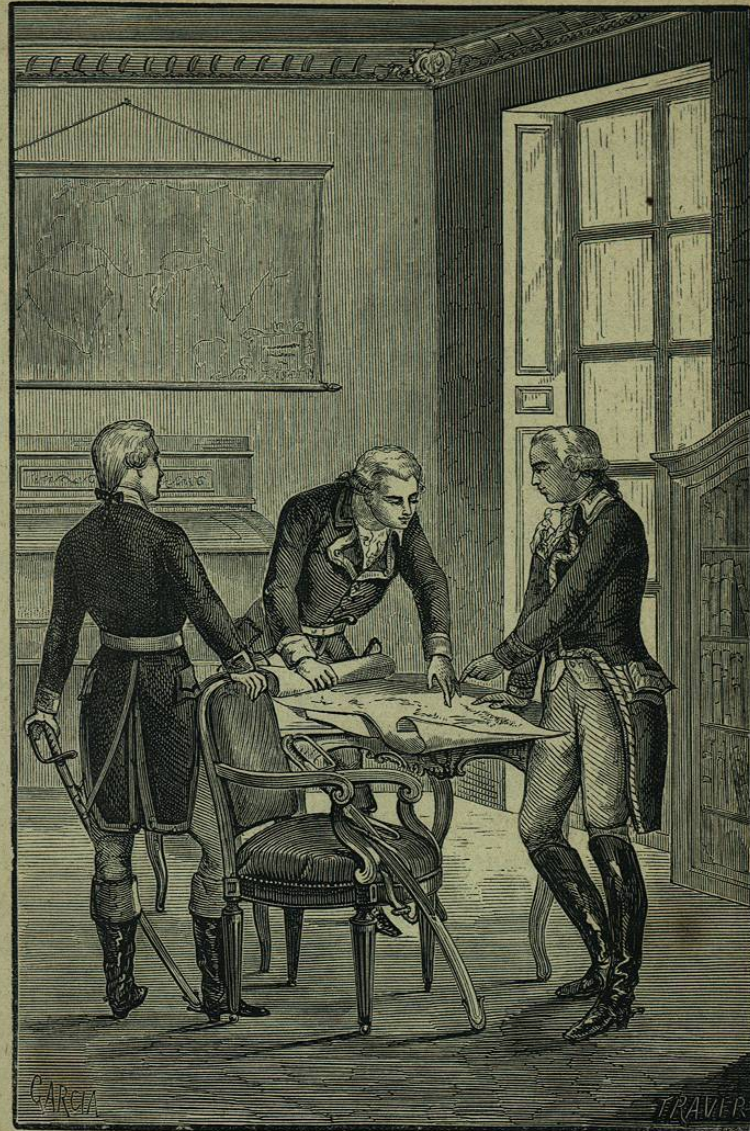
—Es inútil, ciudadano general, dijo Jacobo Merey.

—¿Por qué? preguntó Dumuriez.

—Porque he nacido en Stenay; durante diez años he cazado, herborizado y hasta me he ocupado en la pesca en el bosque de Argonne, el que está encerrado, puede decirse, entre los dos rios el Aisne y el Oise; ningún guarda conoce el bosque mejor que yo.

—Entonces el ciudadano Danton nos ha dispensado un doble servicio; mira, Thevenot, continuó Dumuriez, escucha las ventajas que resultan de mi plan. Primero, no retrocedemos ni nos reducimos al Marne como último recurso para la defensa; despues hacemos perder un tiempo precioso al enemigo, y le obligamos á permanecer en la Champaña, en un país triste, árido, fangoso y que carece de lo necesario para la manutencion de un ejército; no se le concede un país rico y fértil en donde pudiera invernar.

Si el enemigo, despues de haber perdido algunos dias, quiere buscar sitio mejor, se encontrará con Sedan y con todas las plazas fuertes de los países bajos; si se dirige al lado opuesto, se encontrará á Metz con Kellermann y su ejército. Galbeau, Kellermann y yo reunimos cincuenta mil hombres, y en último extremo pode-



—«No hay un instante que perder: indicadnos los desfiladeros del Argonne.»

mos dar la batalla. Además, ¿no veis que el cielo nos ayuda? Una lluvia constante cae sobre los prusianos y los empapa.

Han encontrado el lodo de la Lorena; hacia Metz y Verdun la tierra empieza á empaparse también, según me han dicho; Champaña será para ellos una verdadera frontera; los aldeanos emigran, los granos desaparecen como si los impulsara el huracán, y solo le quedan al enemigo tres cosas: la uva en agraz, la enfermedad y la muerte.

—Bravo, mi general, exclamó Thevenot; ahora os reconozco.

Jacobo Merey le tendió la mano; el entusiasmo brillaba en sus ojos.

—General, le dijo, disponed de mí como guarda, como guía, como soldado; pero asociadme de un modo ó de otro á esa sublime empresa, salvación de la Francia. Seamos primero vencedores y me encargo de ser el griego de Maraton.

—Pues bien, pronto, decidnos los caminos que atraviesan el bosque. No hay un instante que perder; las herraduras de nuestros caballos están bien templadas.

Jacobo Merey se inclinó sobre el plano.

—Thevenot, escuchad, dijo Dumuriez, y no perdais una sola palabra suya.

—Descuidad, general.

En aquellos tres hombres, inclinados sobre un plano y conspirando para realzar el honor de la Francia y salvar treinta y cinco millones de habitantes, habia algo de solemne, de sagrado.

—En el bosque de Argonne, dijo Jacobo Merey, hay cinco desfiladeros. Vedlos aquí; el primero hacia Semuy, en el extremo del bosque, y se llama el *Chêne-populeux* (1); el segundo cerca de Sagny, llamado la *Croix aux bois* (2); el tercero frente á Brécy, nombrado el *Grand Pré* (3); el cuarto, frente de Viennenla-Ville, titulado la *Chalade*, y por último, el quinto, que es el camino de Cler-

(1) El roble frondoso.

(2) La cruz de los bosques.

(3) Prado grande.

mont á Santa Menehould, llamado las *Isletas*. Los principales son *Grand Pré* y las *Isletas*.

—Desgraciadamente son los que están más lejanos de nosotros: por consiguiente, allí iré yo con todos los míos.

—Ahora bien; para llevar á cabo ese pensamiento teneis dos caminos, uno que pasa por detrás del bosque y que os oculta á la vista del enemigo, y otro que pasa por delante y os pone de manifiesto.

Dumuriez reflexionó.

—Pasaré por delante, dijo; conozco á Clerfayt, y al verme creerá que he recibido refuerzos y que ataco á los austriacos y á los prusianos separadamente, y se retirará á su atrincherado campamento de Brouenne, detrás de Stenay. Sentaos allí, Thevenot.

El ayudante se sentó, y febril, tomó pluma y papel y esperó.

El general tambien tenia fiebre, la cual luchaba con su inteligencia privilegiada.

—Escribid, dijo Dumuriez; ordenad á Dubouquet que abandone el departamento del Norte y que ocupe el *Chêne-populeux*: á Dillon, para que marche entre el rio Meuse y el Argonne hasta las *Isletas*, cuyo camino ocupará, así como el de la Chalade, arrollando todo á su paso; me habeis rogado que os ocupe, doctor, y no sé negar tales pretensiones á los leales patriotas. Os concedo un puesto peligroso: sereis su guía.

—Gracias, dijo Jacobo tendiendo su mano al general.

—Yo me encargo de la *Cruz de los bosques* y del *Prado Grande*; ¿habeis concluido?

—Sí, contestó Thenevot, quien escribia tan rápidamente como el general dictaba.

—Ahora, orden á Bournoville para que abandone la frontera de los Países Bajos, en donde nada hay que hacer, y se encuentre el 13 en Retho con diez mil hombres, y ahora que toquen á marchar y bota-sillas.—Esta orden fué dada á las dos hermanas Fernig, quienes salieron á galope por la poblacion.

Un cuarto de hora despues estaban ejecutadas las órdenes de Dumuriez, y en medio del ruido se oian las agudas sonatas de las cornetas y los sordos redobles de tambor.

## VIII.

## La cruz de los bosques.

Dos horas despues, todo el ejército estaba en marcha y acampaba á cuatro horas de Sedan.

Al dia siguiente tenia noticia Dillon de que las avanzadas de Cherfayt ocupaban las dos orillas del Meuse.

Una hora más tarde, el general Miakiuski, guiado por Jacobo Merey, atacaba con quinientos hombres los veinticuatro mil austriacos que mandaba Cherfayt, el que, segun lo previsto por Dumuriez, se retiraba encerrándose en su campamento de Brouenes.

Dillon pasó por el *Chêne-populeux*, ocupado ya y defendido por el general Dubouquet, continuando entre el Meuse y el Argonne, seguido por Dumuriez y sus quince mil hombres.

Al dia siguiente llegó á Baffu el general en jefe, deteniéndose allí para ocupar los desfiladeros de la *Croix aux bois* y del *Grand Pré*.

Dillon continuó intrépidamente su camino y dejando al pasar por la Chalade dos mil hombres para defenderla, llegó á las *Isletas* en donde encontró á Galbeau con cuatro mil hombres.

El coronel sin orden ninguna habia llegado hasta allí y no habia visto á Fabre de Eglantine, quien corria por el camino de Chalons para buscarlo,

En las *Isletas* fué en donde Jacobo Merey, de gran utilidad para Dillon, conocia perfectamente las colinas y barrancos del país; así es que le indicó un sitio en la cima de una montaña que domina las